



Sylvia Marx

NI TÚ ROMEO,
NI YO JULIETA

 esencia

Índice

| |
|-------------|
| Portada |
| Capítulo 1 |
| Capítulo 2 |
| Capítulo 3 |
| Capítulo 4 |
| Capítulo 5 |
| Capítulo 6 |
| Capítulo 7 |
| Capítulo 8 |
| Capítulo 9 |
| Capítulo 10 |
| Capítulo 11 |
| Capítulo 12 |
| Capítulo 13 |
| Capítulo 14 |
| Capítulo 15 |
| Capítulo 16 |
| Capítulo 17 |
| Capítulo 18 |
| Capítulo 19 |
| Capítulo 20 |
| Capítulo 21 |
| Capítulo 22 |
| Capítulo 23 |

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

1

Kilómetro 10 de la nacional N-121

Subí el volumen. Iba cantando a pleno pulmón, muy por encima de la particular voz de Metallica, y sí, lo admito: muy por encima de mis posibilidades. Tomé aire, ahora venía lo mejor, tenía que darlo todo aunque me dejase la garganta en el intento.

Llegados a este punto, apreté los dientes con fuerza y pisé aún más a fondo el acelerador. La aguja del cuentakilómetros subió hasta alcanzar el ciento cuarenta, y acababa de rebasar la señal de prohibido ir a más de ciento veinte.

Seguí berreando, poseída por el espíritu de Metallica, y al mismo tiempo aporreando el volante, tratando de llevar el ritmo frenéticamente con la palma de la mano.

Ya pensaría luego qué hacer; ahora sólo tenía que descargar toda aquella adrenalina que me estaba ahogando. Desvié la mirada de la carretera lo justo para alcanzar la piltillera y sacar un cigarrillo. Eso sí que constituía una rebelión en toda regla: ¡Ja! Aquél era SU coche, SU tapicería y él había colocado un cartel de PROHIBIDO FUMAR dentro de SU precioso y minúsculo Clio.

—¡Que se joda!

Así, de pronto, por una de esas asociaciones de ideas, me vinieron a la mente las palabras de Lorena cuando hace

unos meses le presenté a mi chico y se saludaron a través de la ventanilla del coche. Sus palabras fueron: «¡Joder, tía...! ¿Cómo un tío tan buenorro puede conducir esta porquería de Clio?» Así es Lorena, mi amiga del alma, a veces tan profunda, a veces tan superficial.

Aspiré una intensa calada y expulsé una interminable nube de humo hacia el cristal. No estaba acostumbrada a fumar mientras conducía o, mejor dicho, no estaba acostumbrada a conducir. Me dio un ataque de tos y bajé la ventanilla...

—¡Mierda!

El viento me azotó con tal fuerza la cara que casi me deja sin respiración. Volví a subirla con rabia.

Al momento caí en la cuenta y miré hacia el salpicadero.

—¿Y... si un radar me ha hecho una foto a... a cuánto?

—Un vistazo rápido al cuentakilómetros de reojo me dio la respuesta—: ¡A ciento cuarenta y seis kilómetros por hora!

—exclamé riendo—. ¡Guauuuuuuuu! ¡Que se joda! Es su coche... ¡es su multa!

La canción que venía escuchando había terminado. Supuse que sin el subidón de la voz rota del *heavy*, que aplacaba algo mi sed de venganza, me desinflaría del todo. No aguantaba aquel silencio, así que conecté rápidamente la radio, sin preocuparme de elegir el dial. El locutor de *Música de los ochenta* dio paso a una de las canciones.

—¿Te sientes romántica o romántico en esta tarde noche de sábado? Mmm... En ese caso, abrázate a tu chico o chica... y déjate llevar por esta fantástica balada...

—¡Y una mierda! —le grité con todas mis fuerzas—. Será posible el flipao de la radio... Pero ¡será gilipollas...! ¡¿A quién me voy a arrimar yo a partir de ahora?! —espeté con rabia a la voz radiofónica—. ¿A quién me abrazo yo, eh? ¡¿A tu puta madre?!

Furiosa, apagué el cigarrillo sobre el asiento del copiloto. Total... ¿qué? Si ya no pensaba ir nunca más sentada allí... Muy a mi pesar, noté la visión borrosa, algunas lágrimas se empecinaban en derramarse. Busqué a tientas las gafas de sol en el bolso, donde habían permanecido toda la tarde, y me las ajusté sobre el puente de mi chata nariz. Hacía como tres horas que el sol se había escondido, pero así me daba la sensación de que se me evaporarían las ganas de llorar.

—No pienso llorar por él, ¿por un imbécil? No, no, ¡me niego! ¡No pienso llorar, que se joda! —Irritada, aparté la mano del volante para limpiarme dos o tres lágrimas indiscretas que caían irremediablemente por mi mejilla.

Me sentía indignada, engañada por las dos personas que pensaba yo que más me querían: mi novio y mi amiga. Acudían a mi mente aquellos flashes, imágenes que en la vida hubiera imaginado. Algo tan típico que me daban náuseas.

Había llegado a casa antes de lo previsto, algo que nunca debió suceder.

¿Por qué todos a mi alrededor tenían que ser siempre tan, tan, tan asquerosamente perfectos y felices?

Repasé mentalmente:

A) Mi viejo: el mejor traumatólogo de la ciudad, un machista de la vieja escuela, intransigente, intolerante. Por mi parte no había mucho más que añadir, salvo que tenía un suspenso como padre y como esposo.

B) Mi hermano: el hijo ejemplar, que siguió los pasos del doctor Lasarte, y que también iba a ejercer como médico. Un crac como hijo, como hermano, como amigo, y probablemente como pareja cuando la tuviese. Aunque a mí no me la da con la patética excusa de que se ha dedicado en

cuerpo y alma a sus estudios y no ha tenido tiempo para novias. ¡Vomitivamente perfecto!

C) Mi pareja: de él todavía no podían opinar mis padres, pero para los demás estaba claro, lo tenía todo: simpatía, atractivo. De cara a la galería, claro, porque lo de infiel era un calificativo nuevo, recién estrenado, que por ahora sólo sabía yo.

D) Mi mejor amiga, Lorena: con lo pendona que había sido siempre, ahora por fin sentaba la cabeza y abría una modesta peluquería. Parecía distinta (incluso su pelo), mucho más contenta, y ahora sé por qué... ¡porque la muy zorra se acostaba con Víctor, mi novio!

E) Mi madre: bueno..., no se puede decir que sea una mujer de éxito, de renombre, de una valía de puertas afuera como los demás, sino más bien de puertas adentro. Entraría en la categoría de mujerbondadosa, conformada o conformista (no sé muy bien la diferencia), pero sobre todo, muy cargante. Además de hablar por los codos, siempre ha sido una sufridora, como la mayoría de madres de más de cincuenta y tantos.

¿Y qué hay de mí? ¿Qué he conseguido? Pirarme de casa antes de tiempo, recién cumplidos los diecinueve, cuando pensaba comerme el mundo. Resulta que ha sido al revés: al cabo de los años, el mundo se me ha merendado a mí. Conseguí un trabajo chungo, varios cambios de piso compartido, he ido dando tumbos de acá para allá, gastando las fuerzas y el dinero que no tenía (ni tengo). He sido especialista en coger trabajos de poca monta, que siempre se iban a pique, y he tenido un imán para atraer a la gente más problemática.

El indicador de la gasolina me anunció que iba ya con la reserva. El muy idiota de Víctor no había repostado y yo, con los nervios y el *shock* emocional, ni siquiera me había

dado cuenta de cómo iba de combustible. ¿Cómo iba yo a saber cuánto gastaba el jodido Clio? Bueno, sí se lo había oído comentar a él con los colegas, pero rara vez prestaba atención a esos asuntos. Soy experta en desconectar cuando algo no me interesa, en poner el automático.

¿Cómo era? ¿Siete litros cada cien? ¿Llegaría con la reserva, siendo que me quedaban más de setenta kilómetros por recorrer? Parecía uno de esos condenados problemas de matemáticas que nunca se me dieron bien. No estaba para hacer cuentas. Por fortuna, acababa de pasar un cartel anunciando un área de autoservicio, así que repostaría y comería algo. No podía llegar a casa del doctor Lasarte dentro de una hora sin probar bocado. Lo que tenía bien claro era que no pensaba recular, pero tampoco presentarme allí como una mantenida. De eso nada.

Enseguida, con el rabillo del ojo, divisé ya casi dentro del carril de incorporación un camión tremendo de esos que llevan cerdos para sacrificar al matadero y, sin tiempo para decidirme, más que nada porque el pedazo monstruo entraba sí o sí en la autovía, puse el intermitente izquierdo al tiempo que giraba el volante. El chirrido de unos frenos casi me detuvo en seco el corazón. Por pura inercia, sin ser consciente, pisé el pedal con todas mis fuerzas, mientras oía el bocinazo prolongado del camión de porcino que se alejaba por la derecha. El ruido estridente de mi propio coche me hizo mirar en la otra dirección. Mientras frenaba me estaba dejando buena parte de la chapa lateral de la puerta del Clio azul en el quitamiedos de la autovía.

Tras unas milésimas de segundo interminables, el coche se detuvo, ladeado entre el arcén y la barra metálica, y ahí fue cuando empecé a ser consciente de que acababa de sufrir un accidente. Solté un taco, miré al frente, a los lados, me observé los brazos y algo me llamó la atención en el reducido ángulo visual. Por mi retrovisor interior apareció la

figura de alguien vestido de negro, cojeando y con el casco aún puesto, que se acercaba hacia mi coche gesticulando. Detrás había una moto tirada en el suelo.

No, no me atrevía a salir, ni siquiera a hacer ningún movimiento.

—¡Joder, joder, joderrrr! —Me lamenté, dando un puñetazo al volante—. ¡Esto no me puede estar pasando!

El motorista, impaciente, golpeó con los nudillos en mi ventanilla tres veces. Y lo primero que vi fue la cremallera de su cazadora negra que bajaba como a cámara lenta y unos guantes que sacaban de dentro unos papeles.

—¡Los papeles de la moto! ¡La madre que lo parió! ¡Esto va en serio!

Bajé un poco la ventanilla, con los ojos como platos.

—¿Vas a salir del puto coche o piensas quedarte ahí toda la noche? —Ése fue su saludo.

Aquello me irritó. «Mal empezamos, que me conozco», pensé.

Jamás he soportado que me griten, y menos un desconocido... y muchísimo menos cuando resulta que casi me lo llevo por delante con el automóvil... Así que, sin encomendarme a nadie, eché el freno de mano con tanta fuerza que casi lo arranco de cuajo y abrí la puerta con brusquedad contra su pierna derecha.

Se llevó la mano a la espinilla y gritó algo imperceptible dentro del casco. Mejor no haberme enterado.

—Vale, no he visto tu pierna —me disculpé sin mucha convicción.

El motorista por fin se estaba quitando el casco cuando salí del vehículo.

Tuve que levantar la vista para mirarlo y él la bajó para mirarme a mí. A pesar de la diferencia, su altura no me imponía lo más mínimo.

Estaba acostumbrada a mantener el tipo, sobre todo a conservar esa mala leche que me caracteriza y no dejarme llevar por tonterías. Incluso el hecho de que el tipo fuese atractivo podía cabrearme aún más. Ya sabía yo cómo eran los tíos así.

Es cierto que me fijé en aquellas botas moteras, que recogían los bajos de unos pantalones de cuero pegados a unas piernas interminables. Se desprendió de los guantes con una seguridad aplastante, los sostuvo en su mano izquierda, y, aunque lo negaría hasta la extenuación, reconozco que me fijé en aquellos labios carnosos que ahora se movían, que trataban de decirme algo... ¡me estaba hablando! Intenté destaponarme el oído derecho presionándome el lóbulo con el índice.

—¿Tú estás en estado de *shock* o es que eres así?

—¿A ti qué coño te pasa? —Me metí las manos en los bolsillos del pantalón, echando los codos hacia atrás.

Su pronunciada mandíbula se tensó y él se me quedó mirando a los ojos fijamente, pero no a modo de coqueteo, para nada. Más bien se trataba de todo lo contrario, una inspección incómoda.

Se puso el chaleco amarillo fosforescente y se inclinó hacia mí, agachándose como dos cabezas para ponerse a mí misma altura. Y de repente vi su mano delante de mi nariz, mostrándome tres dedos.

—¿Cuántos dedos ves aquí?

—Yo, tres... ¿Es que no sabes contar tú solo? —Contesté con suficiencia. Pero ¿qué se había creído? —. ¿Tengo cara de gilipollas o qué?

—Bueno, vamos a dejarlo, terminemos cuanto antes con esto. Saca los papeles mientras vienen los de los atestados... ¡Ah..., y ponte el chaleco reflectante si no quieres que se te lleven por delante!

¡Los papeles! ¿Quién iba a imaginar que iba a necesitar los papeles del coche de MI novio? ¿Cómo iba a pensar yo que tendría un accidente en plena noche?

Miré hacia el suelo como si ahí fuera a encontrar algo más que una pequeña pieza metálica que a saber de cuál de los dos era.

—Los papeles... vale —repetí, tratando de ganar tiempo.

Lo cierto era que ni siquiera llevaba el carné de conducir, eso seguro. ¿Para qué iba a llevarlo encima si yo no tenía coche y además era mi novio quien conducía? Pero si al principio de la tarde yo no tenía más intención que esperar a que concluyese el entrenamiento para salir con él.

—Bueno, yo soy Xabi. —Me tendió la mano con un gesto un poco brusco para ser una presentación cortés.

—Ah, vale, Javi —repetí.

—¡Xabi! —Me corrigió molesto—. ¡Con «x» y «b»!

No valía la pena decir más. ¡Era un jodido imbécil!

—¿Tiemblas siempre así o es porque sigues bajo el *shock*?

—¿Y tú eres siempre igual de capullo o es que te has quedado así por el accidente? —arremetí, echando los hombros atrás, sacando pecho.

—Mira, chica, me la trae floja si eres retrasada, pero deberías mover el coche. Se ha quedado con el culo fuera, pisando la línea.

Nunca había tenido un accidente y nunca había tenido vehículo propio... ¿Dónde se suponía que guardaría Víctor el maldito chaleco reflectante de los huevos? ¿Y los papeles del seguro?

No me moví. Para fastidiarle, encendí un cigarrillo y continué con la mirada perdida en el quitamiedos del arcén. El tal Xabi meneó la cabeza con impaciencia. Al final, bufando como un toro bravo, cedí, tiré el cigarrillo y pisé la colilla

con furia. Rodeé el coche, abrí la puerta del copiloto y saqué de la guantera el chaleco reflectante. Inmediatamente después, sin dirigirle la palabra ni mirarlo, me senté en el asiento del piloto, puse el coche en marcha y, con un acelerón en primera, lo dejé bien centrado. De lo que no tenía ni puñetera idea era de dónde estaría la documentación del Clio, así que salí del coche justo cuando el motorista abría la otra puerta y sacaba una carpetilla azul. Me enrabetó que la agitase en el aire en señal de victoria.

Eso y la aplastante seguridad del tal Xabi.

—Aquí estarán todos los papeles de tu coche, ¿no?

—Esta mierda no es mía —contesté mientras me ponía el chaleco.

—Bueno, vamos..., te tomas un calmante o algo y miramos los papeles en la estación de servicio.

En cuanto sentí que me ponía una manaza en el hombro para cruzar al otro lado de la carretera, noté cómo se me hinchaba la vena del cuello y me rebelé.

Aquel tipo, por muy atractivo e interesante que pareciese, era un completo prepotente y un idiota. Pretendía tratarme como a una cría, o peor... como si fuese estúpida. Y eso, desde luego, no lo iba a consentir. Apreté la pequeña carpeta de la documentación contra mi pecho.

—Déjame. —Me zafé echando el hombro hacia atrás para apartarlo, iniciando la marcha—. Sé cruzar sola.

Al rebasar la línea del carril izquierdo con el pie, noté un fuerte tirón en el brazo que me inmovilizó, y justo entonces, como un rayo, pasó un coche a gran velocidad, delante de mis narices.

—¿Estás segura?

El tono sarcástico del joven no dejaba lugar a dudas. Decidido: se trataba de un tipo prepotente, un creído y un chulo, pero, aunque me costaba reconocerlo, me acababa de salvar la vida.

Aun así, ni por un momento me planteaba abandonar mi natural «bordez» de siempre y mucho menos reconocer que probablemente no me vendría mal un poco de ayuda.

Un sábado a esas horas, a tan sólo diez kilómetros de la ciudad, en aquella área de servicio apenas había gente, así que no fue difícil encontrar un sitio libre para tomar algo.

Seguí con la mirada a Xabi mientras se dirigía por las bebidas. A decir verdad, lo primero que me pasó por la cabeza al observarlo detenidamente fue que el capullo tenía buen culo.

Y lo segundo, que el tipo en cuestión era vasco, porque no tenía acento catalán y Xavi se escribe con «v» en catalán. Pero entonces me acordé de que últimamente había andaluces que les ponían a sus hijas Amaya o Idoya, y a algunas niñas vascas las llamaban Triana o Macarena, así que no lo tenía nada claro.

Vaya situación rara de narices: en plena noche, en un área de servicio, accidentada con el coche de mi novio, o mi exnovio, mejor dicho, y pensando chorradas que no venían a cuento.

Desde lejos, Xabi hizo una seña con la mano y me mostró un *snack*. No sé por qué me recordó uno de esos ridículos anuncios de la tele, donde el guaperas le enseña una chocolatina a la niña mona. Pero no, allí no había sonrisa bobalicona, ni música moña anunciando un posible romance. Todo lo contrario, la tensión podía cortarse, era flipante.

—¿Quieres?

Asentí, sólo porque me sentaría bien comer algo...

Bueno, vale, a lo mejor resultaba que no era tan gili, pero de todos modos me había metido en un buen marrón, y seguro que iba *follao* y ni siquiera vio cómo yo ponía el intermitente. Eso me lo tenía que meter en la olla, dejarle bien claro que él había sido el culpable. ¿De dónde había

salido con la moto? Lo habría visto si hubiese conducido a menos velocidad que yo...

Me puso el *snack* y una taza delante.

Sin descruzar los brazos ni bajar la guardia, mi estupefacta mirada iba de la taza a Xabi y de Xabi a la taza.

—¿Qué narices es esto? ¿No me habrás pedido un caldito de verduras?

—No. Tila.

Con cara de asco, retiré el platito con la taza hacia el centro de la mesa.

—Ni de coña. Pídeme una cerveza.

Al girar el cuello, me dio un pinchazo y me masajé la nuca.

—¿Necesitas un médico?

—No. Una cerveza, mejor.

Vale, fui cortante y entonces caí en la cuenta de que él había rodado por el suelo y ni siquiera le había preguntado cómo estaba, que igual me estaba pasando. Así que, con algo de dificultad, me obligué a ser amable, sin pasarme con inútiles delicadezas.

—¿Tú estás bien?

Xabi sonrió de medio lado y bebió un trago de su tónica.

—Vaya. La primera cosa agradable que sale de tu boca —contestó, mientras se encaminaba por la cerveza—. Mira, te has ganado la birra.

—No me vengas con ésas, como si me hicieras un favor, que vamos a pagar a medias —le grité airada desde mi silla, al tiempo que se alejaba.